



La Jornada

Mujeres sindicalistas en el poder

Napoleón Gómez Urrutia

La participación de las mujeres en el liderazgo sindical está en un momento histórico sin precedente. Y hay diversos ejemplos de perfiles que ocupan y se perfilan para estar al frente de cargos estratégicos en las organizaciones laborales más influyentes del mundo, señalando un cambio estructural en la toma de decisiones del movimiento obrero internacional. Este momento, por un lado, representa una transformación profunda en un ámbito dominado casi exclusivamente por hombres; por el otro, responde a la modernización y mayor apertura en los movimientos sindicales, lo cual es necesario para apelar a las necesidades de las y los trabajadores.

El ritmo histórico, hasta ahora, del sindicalismo había relegado a las mujeres de la lucha organizada. En principio, las mujeres conformaron una gran parte de la fuerza de trabajo creada a raíz de la Segunda Revolución Industrial; pero eran excluidas de la lucha porque se presumía que su lugar era exclusivamente en el hogar y que, por tanto, se debía presionar por un salario familiar que permitiera la permanencia de las madres en casa. Sin embargo, la participación obrera femenina siguió su curso, conformando organizaciones exclusivamente de su género y ganando terreno en agrupaciones masculinas dedicadas a empleos mixtos.

La Organización Internacional del Trabajo se fundó en 1919 y nunca ha sido dirigida por una mujer en sus 107 años de vida: sus 11 directores han sido varones europeos o estadounidenses (con la salvedad de Juan Somavía que es chileno). La candidatura de Yolanda Díaz, vicepresidenta segunda del gobierno de España y ministra de Trabajo y Economía Social, representa un doble hito: sería la primera mujer y la primera española en dirigir la OIT. El gobierno español formalizó su candidatura en julio de 2026 y la elección se celebrará el 16 de noviembre de ese año. Si Díaz resulta electa, rompería más de un siglo de liderazgo masculino en la agencia especializada de la ONU encargada de promover los derechos laborales y la justicia social en 187 países miembros.

En Norteamérica, Roxanne Brown tomó posesión el 1º de marzo de 2026 como la décima presidenta internacional de United Steelworkers (USW), convirtiéndose en la primera mujer y la primera persona afroamericana en liderar el sindicato industrial más grande del continente. USW representa a 850 mil miembros y jubilados en Estados Unidos, Canadá y el Caribe, trabajando en los sectores del acero, minería, energía, salud, educación y manufactura. Brown cuenta con una experiencia de más de dos décadas en la oficina legislativa del

La Jornada

sindicato en Washington, DC, y actualmente es vicepresidenta del Consejo Ejecutivo de AFL-CIO y de IndustriALL Global Union, que agrupa a más de 50 millones de trabajadores en 130 países.

Liz Shuler, por su parte, fue electa presidenta de la Federación Estadunidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO) en agosto de 2021, convirtiéndose en la primera mujer en ocupar ese cargo en los 68 años de historia de la federación. La AFL-CIO agrupa a 56 sindicatos nacionales que representan a 12.5 millones de trabajadores en todos los sectores de la economía estadounidense. El liderazgo de Shuler se ha enfocado en la organización laboral, el futuro del trabajo, la economía de energía limpia y el empoderamiento de las mujeres trabajadoras, haciendo gala de la intersección inevitable y necesaria entre la lucha obrera y otros frentes de justicia social.

En cuanto a IndustriALL, la organización sindical más grande con más de 50 millones de afiliados en 140 países, la presidenta Christiane Benner es una mujer comprometida y firme con la lucha de la clase trabajadora, la lideresa sindical alemana actualmente también se desempeña como la primera presidenta de IG Metall, el sindicato industrial más grande de Europa y con más de 125 años de existencia. Bajo su cargo, se ha enfrentado a una de las etapas más complejas para la industria alemana por la transición hacia la electromovilidad, los altos costos energéticos y la competencia global.

Otro ejemplo valioso es Cathy Feingold, quien ocupa el cargo de directora internacional de AFL-CIO y podría llegar a ser la próxima secretaria general de la Confederación Sindical Internacional (CSI/ITUC). La CSI representa a 207 millones de trabajadores a través de 331 organizaciones afiliadas en 163 países y territorios. Feingold ha sido una voz protagónica en foros globales como el G-20 y la COP27, defendiendo una transición más justa para los trabajadores, y existe la posibilidad de que sea electa como presidenta de la CSI, consolidando aún más el liderazgo femenino en la organización sindical global más grande del mundo.

El último caso que quiero mencionar y que refuerza la idea del gran impacto que la participación femenina tiene en este momento, es Paola Camilli, quien se perfila como una de las candidatas más fuertes para ser secretaria general de la Internacional de Trabajadores de la Industria y la Madera (ICM), organización mundial que agrupaba a 365 sindicatos que representaban a unos 12 millones de miembros en 117 países.

Definitivamente, la convergencia de estas mujeres en posiciones de poder sindical no es un fenómeno aislado, sino parte de una transformación más amplia en el movimiento sindical internacional. La CSI ha lanzado campañas para lograr 50 por ciento de representación femenina en los órganos de toma de decisiones de las organizaciones sindicales para 2027. Sin embargo, el progreso ha sido lento: aunque las mujeres constituyen 42 por ciento de la membresía de los afiliados a la CSI, sólo 7 por ciento ocupan posiciones de liderazgo máximo. El ascenso de Brown, Shuler, Benner y el que logren Díaz, Feingold y Camilli representa un quiebre significativo en esta tendencia histórica.



Estas lideresas, en conjunto, representarían directa o indirectamente a más de 220 millones de trabajadores en todo el mundo, además de influir en las políticas laborales de 187 naciones a través de la OIT. La literatura y la experiencia sugieren que la diversidad de género en el liderazgo sindical se correlaciona con mayor atención a temas de conciliación trabajo-familia, énfasis en salarios equitativos y cierre de brechas de género, políticas de protección contra la violencia laboral y el acoso, y enfoque en sectores feminizados como salud, educación y cuidados. Esto significaría profundizar los alcances de los derechos laborales y el fortalecimiento de la solidaridad internacional, pues los frentes de las luchas sociales nos atañen a nivel global.

Con todo y estas buenas noticias, este momento no debe leerse como un cierre, sino como la apertura de un nuevo capítulo en la historia del sindicalismo. Un reto presente es institucionalizar los cambios estructurales que permitan que la próxima generación de mujeres sindicalistas tenga un acceso más fluido a estas posiciones. Y en ese marco, el reconocimiento y la apertura de los cambios que atravesamos en el mundo laboral se vuelve también un asunto cultural. De tal manera que avanzar en la participación femenina es también avanzar en los derechos laborales que nos benefician a todos. Continuaremos caminando en cooperación y solidaridad para que la lucha obrera siga siendo bastión y garante de la igualdad y la dignidad para cada persona.

<https://www.jornada.com.mx/2026/08/27/opinion/012a1pol>